

El vuelo del topo

JUAN KRUZ IGERABIDE

Ilustraciones de Patxi Gallego





El vuelo del topo

JUAN KRUZ IGERABIDE

El vuelo del topo

Ilustraciones: Patxi Gallego

edebé

© Juan Kruz Igerabide, del texto
© Patxi Gallego, de las ilustraciones

© Ed. Cast.: Edebé, 2018
Paseo de San Juan Bosco, 62
08017 Barcelona
www.edebe.com

Atención al cliente: 902 44 44 41
contacta@edebe.net

Directora de Publicaciones: Reina Duarte
Editora de Literatura Infantil: Elena Valencia
Diseño de colección: Book & Look

Primera edición, febrero 2018

ISBN: 978-84-683-3452-3
Depósito legal: B. 25965-2017
Impreso en España
Printed in Spain
EGS - Rosario, 2 - Barcelona

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

Índice

1. La gran inundación.....	7
2. Una compañía inesperada	27
3. La gaviota feliz	45
4. El vuelo sobre la gaviota	63
5. La impaciencia del topo	77
6. Subo o no subo	93
7. El gran viaje.....	107

1

La gran inundación

En una ciudad fronteriza cuyo nombre desconocen los topos, se arrastraba un topo por debajo de las huertas colindantes con las marismas. Estaba cerca de un pequeño aeropuerto y disfrutaba de lo lindo cavando túneles y asomando el hocico a la superficie; ahora a la sombra de una lechuga, ahora a la de una tomatera, ahora a la de una col rizada. Corría el verano en la última parte de su recorrido por el año, apretaba el calor y el tórrido sol



del mediodía obligaba a los animalillos del campo a guarecerse en la sombra.

—¡Ca! —pronunció el topo en una de sus salidas a la superficie.

Dicha palabra, que en el pentagrama alcanzaría el tono de la nota *si*, significa en *topí* que hace un calor de aúpa; porque los topos se expresan a base de monosílabos, igual que los humanos más primitivos. Es muy importante el tono musical que le dan a la sílaba, porque no es lo mismo decir «ca» en *do*, que en *sol*, o que en *si*. Es un lenguaje tonal el de los topos, parecido al chino mandarín, que utiliza cuatro tonos, pero mucho más complicado que aquel, porque los topos usan todos los tonos y semitonos en varias octavas. Traduzco literalmente lo que el topo dijo:



—¡Qué calor, por Dios! Me suda hasta el hocico.

Todo eso puede expresar un monosílabo *topí* en su correspondiente tono. Así, los topos, aunque son muy escuetos, comunican mucho.

Salió a la superficie y recorrió una línea de una plantación de judías, hasta una pequeña palangana en la que solía refrescar el gaznate un baboso perro bóxer que cuidaba de que nadie pisase la huerta.

—¡Pu! —musitó el topo en *la bemo!*, lo que significa «¡puaj, qué asco!» en humano.

Y es que, solo de pensar que tenía que sorber de la palangana llena de babas, se le revolvía el estómago. Pero, claro, sudoroso y asfixiado como estaba, se acordó de lo fresquita y rica que le supo el agua



el día anterior, cuando aprovechó un despiste del perro para beber hasta hartarse a la sombra de un frondoso platanero. Así que hizo de tripas corazón, superó sus remilgos y avanzó con mucho tiento. Aguzó el oído. Puesto que los topos no ven, al menos tienen un oído y un tacto muy desarrollados.

Se detuvo en seco bajo una hoja de judía, que se le pegó de inmediato en la espalda. Sus oídos habían captado un ruidito: una de las uñas del perro había raspado una piedrecilla. El topo aguantó la respiración para escuchar mejor. Un fuerte ronquido le sacudió el cuerpo y le dejó las orejas temblando.

—Du —susurró en *do sostenido*, lo que significa «duerme como un bendito».



Si lo hubiera dicho en *mi*, ya sería otra cosa; significaría «duerme como un cerdo», en un tono despectivo. Sin embargo, lo pronunció en *do sostenido*, con cierto respeto.

Con cuidado, despegó poco a poco la hoja de judía, porque si lo hacía de golpe sonaría como cuando te arrancas un esparadrapo. Avanzó a tientes hasta la palangana, sin dejar de prestar atención a los ronquidos del perro, preparado para salir pitando en caso de que este interrumpiera su concierto de narices. El topo se irguió sobre dos patas, metió el hocico en el agua y bebió con ganas, hasta que, a punto de vaciar la palangana, como esta pesaba menos ahora, la volcó con gran estruendo.

El topo salió pitando y *chiando* (era su forma de chillar, *chi, chi* en *do sostenido* de



la segunda octava), y corrió bajo la línea de judías, al mismo tiempo que un feroz ladrido resonaba hasta en las montañas del fondo del valle. Todo ello ocurrió en décimas de segundo. El topo oía cómo por detrás, en medio de la feroz persecución, caían algunos palos que sujetaban las judías y las hojas de estas se pegaban a la espalda del perro y se despegaban de inmediato como esparadrapos arrancados rápidamente por cientos de manos. El topo, de un salto, se sumergió en su madriguera y corrió por uno de los túneles. Las zarpas del perro destrozaron la madriguera y escarbaron un poco más alrededor. Al no hallar a su presa, el bóxer desistió, sin dejar de ladrar con furia, con la boca metida dentro de la madriguera, provocando





derrumbes en los túneles y dificultando el avance del topo. A pesar de todo, este pudo atravesar el cerco de la huerta por debajo de la superficie y se puso a salvo en la huerta del vecino.

Cuando recobró el aliento, pronunció:

—¡Li! —en *re sostenido*, que significa «¡de buena me he librado!».

Asomó el hocico a la superficie. El perro había dejado de ladrar, y se alejaba a través de la plantación de judías sin reparar en destrozos. Ahora, cuando se le pegaban las hojas, sonaba como si alguien fuera arrancando esparadrapos tranquilamente.

El topo seguía con el hocico fuera, husmeando el aire:

—To —dijo en *la natural*.

Significaba «creo que vamos a tener



tormenta», una de esas repentinas sorpresas que te prepara el tiempo de verano cuando cambia de dirección el viento: unos negros nubarrones cubren el cielo y se pone a jarrear y a tronar. Si el topo lo hubiera pronunciado por ejemplo en *fa natural*, hubiera significado «menuda tormenta está cayendo», pero en *la* no era más que una premonición.

Saciado y fresquito en su túnel, el topo se echó a dormir la siesta. Él también roncaba, haciendo vibrar el montoncito de tierra que había formado al asomar el hocico. Al cabo de un rato, unos toques en la superficie lo despertaron. Se puso en guardia; tal vez el bóxer estaba tanteando el terreno, a ver si sorprendía al ladrón de agua.



Los toques arreciaron acá y allá. Enseguida supo el topo que había empezado a llover. Las gotas debían de ser muy gordas, pues en un principio le habían parecido las pisadas del bóxer.

—¡Huy, huy, huy! —se asustó en *re sostenido*.

Traducido, el significado es idéntico al





original, *huy* sin más, que también puede interpretarse como «¡me está entrando un miedo...!».

No era para menos. Al cabo de un rato, llovía a cántaros, a baldes, a bañeras. El topo corrió por las galerías hacia una zona más profunda, bastante hermética, en la que se guarecía de las tormentas. Pero la que estaba cayendo era de aúpa. De repente, un estruendo sacudió la tierra, y después hubo otro y otro, como un bombardeo sin descanso. Entre explosión y explosión, llegaban a oídos del topo los aullidos lastimeros del bóxer, más asustado que un pájaro en las garras de un gato.

—¡To, to, to! —gritó el topo en *fa*.

«Tormenta, tormenta, tormenta». Estaba cayendo una buena.



De pronto, el golpeteo sobre la superficie cambió de intensidad y de eco. Ahora era más duro, como si estuvieran cayendo miles de piedras sobre la huerta. Estaba granizando. El topo no entendía de cultivos, pero allí arriba la plantación de judías estaba siendo duramente castigada; las hojas se rompían o se llenaban de agujeros, algunos palos cedían y se venían abajo. Igualmente castigadas fueron las tomateras; los tomates más maduros, de piel más blanda, fueron agujereados sin piedad. El bóxer, escondido en su caseta, temblando como un flan, vio caer el cielo sobre la tierra.

Desgraciadamente, la tormenta coincidió con la pleamar: las marismas estaban inundadas y la ría avanzaba tierra adentro, gorda como una ballena. La cantidad de





agua y granizo que cayó fue tal, que el encuentro entre el río y la ría engordó no ya como una ballena, sino como un descomunal monstruo que fue aplastando todo lo que encontraba a su paso, entre otras cosas, la huerta en la que se guarecían el bóxer y el topo.

El perro, al ver acercarse a semejante gigante acuático, echó a correr despavorido, saltando cercados y vallas, y desapareció por las laderas del monte más cercano, aullando lastimeramente. El topo lo oyó todo y captó cómo un mar entero se deslizaba sobre la superficie de la huerta. Temblando de miedo, palpó un hilo de agua que se había filtrado en su guarida, y que en breve tiempo se convirtió en una veloz corriente que lo levantó en volandas.



El animalillo se zafó de la corriente y huyó de ella por uno de los túneles, pero se dio de bruces contra otra corriente que lo rechazó y chocó con la que venía por detrás, formando un violento remolino que arrastró por el agua al asustado roedor. Y con todo, tuvo suerte, pues podía haberse ahogado allí mismo. El choque de aguas fue tan violento que reventó el techo del túnel y expulsó al topo por los aires, volando como un pajarito. El vuelo duró poco. De vuelta, aterrizó en el agua y fue arrastrado por la corriente, junto con algunas plantas arrancadas. Se le pegaban las hojas de las judías a la espalda, y un golpe de agua se las arrancaba sin miramientos. Ya no sonaba a esparadrapo, pues el estruendo general impedía oír



otra cosa que no fueran truenos y aullidos de agua.

El topo recorrió las marismas a toda velocidad, hasta que un parapeto detuvo su avance. Pasado el aturdimiento inicial provocado por el choque, se vio aplastado por el agua contra una valla metálica. Por puro instinto de supervivencia, el topo se agarró a la valla y trepó por ella hasta que notó que se hallaba fuera del agua. Permaneció un rato quieto, escuchando, pero no podía oír otra cosa que el bramido del temporal. Siguió subiendo hasta el borde y pasó al otro lado de la valla. Bajó como esperando encontrarse con algo muy distinto, pero, cuando con un pie tocó de nuevo la violenta corriente, regresó a lo alto de la valla y se agarró fuerte a los alambres.



Hasta que se quedó quieto un rato, no se dio cuenta de lo mucho que le castigaban la espalda y la cabeza los golpes que le propinaba el granizo; así que descendió un poco por la valla y se cobijó entre los alambres, que al menos paraban algunos de los golpes. Protegió la cabeza con sus duras pezuñas, y así aguantó todo lo que pudo.

Allí permaneció temblando y *chiando* de miedo, hasta que, de repente, dejó de granizar, amainó el temporal, e incluso volvió a brillar el sol entre jirones de nubes arrastradas por el viento. En aquel momento, el topo tuvo suerte de ser ciego, porque, si llega a ver el estado de desolación en que quedaron los campos, le hubiera podido dar un infarto.



Bajó con tiento por el otro lado de la valla, e hizo bien, porque esta había parado el avance de gran cantidad de ramas y otros materiales arrancados por la riada de los terrenos circundantes. El suelo era un barrizal, pero eso no asustó al topo. Se sumergió en él y fue escarbando muy hondo, hasta que pudo cavar un túnel y una guarida a su gusto. Tanto sobresalto y tanta emoción lo habían dejado baldado. Así que, en pocos minutos, se quedó profundamente dormido.

Sin saberlo ni quererlo, el topo había accedido al recinto del aeropuerto, cerca del extremo donde despegaban y aterrizaraban los aviones. En aquel momento, una dotación de bomberos limpiaba con potentes mangueras las pistas de aterrizaje



y las ruedas de los aviones aparcados. Un grupo de limpieza, armado con palas, escobas y cubos, sacaba fuera el barro que se había colado en las dependencias y en los lugares de acceso.